

La Pedagogía Social en latinoamérica frente al movimiento europeo: el caso de Simón Rodríguez⁵

Carlos Dayro Botero Flórez*

En lugar de pensar en Medos, en Persas, en Egipcios, pensemos en los indios. La decadencia que experimentaron en su propio suelo los Griegos y los Romanos, después de algunos siglos de dominación, no nos importa tanto como la Decrepitud prematura en que empiezan a caer... (casi a su nacimiento)... las repúblicas que han hecho los Europeos y los Africanos, en el suelo de los Indios.
SIMÓN RODRÍGUEZ

Debido a que los orígenes y principales desarrollos de la pedagogía social se han dado en el contexto europeo, principalmente en países como Alemania y España, ha sido una disciplina propia de tal continente. Sin embargo, en Latinoamérica se han presentado propuestas equivalentes, relacionadas directamente o inspiradas en el movimiento europeo.

* Magister en filosofía del lenguaje. Universidad del Valle. Docente programa Licenciatura en filosofía y ciencias religiosas: Fundación Universitaria Católica Lumen Gentium Cali. cbotero@unicatolica.edu.co

⁵ Ensayo resultado del proyecto de Investigación: *Estado del arte de la pedagogía social en Iberoamérica*, del grupo de investigación *Calidad de la educación superior* de la Facultad de Educación de la Fundación Universitaria Católica Lumen Gentium.

En particular, hay una propuesta pedagógica que aparece de manera paralela, y tal vez previa a las primeras ideas sistematizadas de pedagogía social en Europa.

El ensayo pretende exponer el planteamiento de Simón Rodríguez en el ámbito de la pedagogía social siguiendo la idea de que hay muchos aspectos que se pueden catalogar en este autor, de la época de la independencia de los países bolivarianos, como pedagogía social, teniendo en cuenta que en el año en que muere Rodríguez es cuando nace Paul Natorp, a quien se atribuyen los primeros usos del concepto de pedagogía social.

Características generales en los orígenes de la pedagogía social

Los contextos sociopolíticos en los cuales la pedagogía social como teoría y los procesos de educación social han tenido mayor despliegue, se han caracterizado por ser momentos fuertes de crisis en diversos sentidos, principalmente políticos y económicos. Entre los siglos XVII y XX esta concepción de la educación y las prácticas que se le pueden relacionar, se desarrollaron en medio de fenómenos como la industrialización y guerras de diversos tipos que han dado lugar a reflexiones e implementaciones pedagógicas, que la vinculan con lo sociopolítico en dos vertientes, una consiste en concebir y confiar en la educación como una manera de enfrentar y superar dificultades sociales y políticas; en la otra se concibe y se lleva a cabo como una serie de acciones que tienden a solucionar aspectos específicos generados por los conflictos, a saber, la marginación, la inadaptación y la exclusión social.

Ahora, dado que son escasas las referencias a los conflictos y a los planteamientos y prácticas latinoamericanas que se han dado en esta tendencia pedagógica, es importante demostrar que en nuestro continente los conflictos en el lapso de tiempo mencionado son abundantes, al igual que las propuestas pedagógicas que se han presentado a causa de ello. Las ideas y las experiencias que deja Rodríguez pretenden ubicarse, en este texto, en una perspectiva paralela a las europeas dado que hay una coincidencia clara en lo cronológico pero también y, principalmente, en los contenidos.

Por tanto, debe tenerse en cuenta que, aunque las necesidades de la educación en Latinoamérica no son las mismas que las de los europeos, los contextos, problemáticas e inspiración en ambos continentes pueden compararse, mas no con el ánimo de

dar validez o destacar alguna de ellas, sino con el de hacer visibles planteamientos que se pueden haber ocultado u olvidado y que resultan interesantes para las reflexiones pedagógicas actuales, principalmente en el ámbito de la pedagogía social.

Para caracterizar de manera general algunos aspectos de la pedagogía social, se debe indicar que surge como consecuencia de cambios políticos y económicos fuertes que generan conflictos sociales, los cuales llevan a la creencia de que la educación aporta a su solución; por otra parte las problemáticas sociales o políticas hacen que se cuestione la concepción que se tiene del Estado y, de esta manera se concibe la educación como el vehículo de las nuevas ideologías: hay que educar para la nueva Alemania, para la nueva república colombiana, para la democracia...

Respecto a lo que proponen como primer periodo de la pedagogía social (que ubican en Alemania entre el 1850 y 1920), Sárrate y Hernando mencionan un aspecto que muestra vínculos entre, lo educativo, lo social y lo político:

La educación era considerada un derecho humano y un bien social no un patrimonio de las clases privilegiadas. Se entendía como un concepto y un proceso histórico integral, que se desarrollaba en la confluencia entre lo individual y lo social. La sociedad en este periodo histórico se caracteriza por poseer una madurez conceptual con relación a la educación social, una mentalidad abierta y una sensibilidad social (2009, p. 20).

Dado que las situaciones problemáticas a las que se pretende responder con la educación son sociales, económicas y políticas, una constante, tanto en Europa como en Latinoamérica, es la concepción de la educación desde principios de equidad, lo cual se puede sustentar en una doble línea; primero, con la idea de que todos los ciudadanos deben tener acceso al sistema educativo en igualdad de condiciones y, además, con la concepción de que la construcción del Estado es una responsabilidad común.

Por tanto, es necesario revisar el papel del Estado en la educación dado que la educación social, también se ha dado en procesos que no implican vínculos directos con la administración política, aunque hay otras tendencias que sí consideran el papel del Estado

como fundamental, pues a lo que se da más importancia es al impacto que se pueda generar respecto a la formulación de políticas coherentes con la pedagogía social.

En este sentido Antonio Colom introduce el concepto de: binomio socio-político como el más adecuado para referirse a lo pedagógico, pero también como la postura intelectual adecuada para ocuparse de la educación. Con esto sustenta su idea de que en el plano teórico se debe hacer una reflexión que a la vez sea pedagógica, social y política. Así se evidencia la conexión al mostrar cómo son instituciones políticas (con ideologías propias) las que *secundan, mantienen y refrendan económicamente* los procesos educativos:

son instituciones marcadamente ideológicas y/o políticas las que secundan, mantienen y refrendan económicamente muchas de las más novedosas prácticas educativo/sociales: ayuntamientos, corporaciones providenciales (diputaciones...), gobiernos autónomos, y aún el gobierno central son, juntamente con las iglesias (si bien estas en menor medida) las instituciones que gestionan y organizan servicios socio-educativos, por lo que, despojándonos de ingenuidades y falsos pudores, es hora de que nos demandemos los motivos que subyacen y alimentan tal circunstancia (1988. p. 49).

De hecho todo lo que implica la educación dentro de un Estado, tiene un trasfondo político y, aclara Colom, no solo a nivel de la acción socio-educativa (prácticas políticas) sino también en lo que tiene que ver con los objetivos y las motivaciones de la educación y quién los establece⁶. Con esto se puede afirmar que la ideología es una variable más del fenómeno socio-educativo; y por ello la referencia a estas cuestiones requiere remitirse a lo político si se quiere dar razón del fenómeno de manera completa.

Hasta aquí, esta breve reseña de aspectos básicos de los orígenes de la pedagogía social, los cuales serán revisados mientras se va caracterizando la propuesta de Rodríguez.

⁶ En este sentido es pertinente la distinción que hace Larroyo entre dos corrientes de pedagogía social, una que es estrictamente científica y que no implica compromisos políticos por cuanto su objetivo es meramente explicativo, y otra que se compromete con tendencias políticas, religiosas... y en esa perspectiva es denominada por el autor como "pedagogía social ideológica" (1965, p. 688).

Semblanza del autor

En el contexto de la independencia de los países bolivarianos, mientras la nueva clase dirigente criolla buscaba en las estructuras educativas europeas el modelo pedagógico a implementar en la América de las repúblicas nacientes, Simón Rodríguez se dedicaba a pensar, sistematizar y proponer un modelo de vanguardia para la época, pues este pensador tenía la convicción de que son las necesidades propias del continente y de cada país, las que deben tenerse en cuenta en la implementación de las estructuras pedagógicas oficiales.

Sin embargo, en su momento, el autor no fue escuchado, principalmente por quienes estaban encargados de la administración política de las nuevas repúblicas; y a pesar de su amistad con Simón Bolívar (de quien fue maestro) no pretendió obtener favores políticos, sino implementar sus ideas con la fuerza de los argumentos.

Un claro ejemplo es el rechazo de una de sus propuestas en Bolivia. Buenaventura Delgado cuenta cómo Rodríguez fue, en su paso por Bolivia entre 1825-1827, el primer director general de educación, por recomendación de Simón Bolívar, (durante el gobierno de Sucre), y es en este momento cuando crea el *Plan de enseñanza para toda la república*. En Chuquisaca (sudeste boliviano) pretende implementar su plan pero la oligarquía criolla no lo permite pues la *escuela modelo, escuela taller* de Rodríguez, que busca relacionar la enseñanza con la productividad, no pareció a esta oligarquía buena educación, pues deseaban que sus hijos fuesen doctores al modo clásico. El Ministro de Estado de Santa Cruz: Calvo, fue el que le “desbarató el establecimiento”. Delgado muestra de la siguiente manera el devenir de las propuestas y la última parte de la vida de Rodríguez:

El drama de S. Rodríguez era que tenía ideas, que podían ser útiles en el momento de la construcción de la nueva América y nadie le escuchaba. No solo no obtenía el apoyo que sus iniciativas altruistas necesitaban, sino que le impedían que se dedicase a la educación de los estamentos sociales más necesitados. Desde 1823, año en que volvió de Europa, hasta 1854, en que murió tan pobre como había vivido, recorrió Colombia, Perú, Bolivia, Chile y Ecuador, predicando sin éxito su mensaje. Al declinar de su vida seguía, no sin amargura, proclamando sus pensamientos y las

soluciones sencillas que podrían darse a los graves problemas en que los jóvenes pueblos americanos se veían atascados (1996, p. 118).

La insistencia de mirar hacia Europa para retomar los ideales de sus repúblicas anti-monárquicas e ilustradas, e imitar también su sistema educativo, hizo que se continuara con las implementaciones vigentes que, al menos en parte, resultaban contradictorias, porque mientras se presentaba el discurso de la Ilustración y la ideología de la revolución libertaria, igualitaria y fraterna, ni las mujeres, ni los indígenas, ni los negros, tenían acceso a la escuela. Los ideales de la Ilustración y su modelo de civilización solo llegaban a América a modo de imitación servil y de neocolonialismo.

En este sentido Acosta (2010) permite establecer una relación clara entre estas ideas europeas y las de Rodríguez; afirma que “lo peor que puede soportar una sociedad es que sus miembros ignoren o no practiquen la solidaridad, la unión, la cooperación, la ayuda mutua, etcétera. Además, Rodríguez consideraba que el desarrollo de las nuevas sociedades americanas exigía tomar conciencia de la necesidad de educar con sentido social” (p. 101), de ahí su idea de que los ciudadanos tienen como deber contribuir a esa fundación de la república *con sus luces* y luego ayudar a la permanencia y sostenimiento del estado.

La educación en la nueva república no puede ser imitación

Entendiendo que la educación es una práctica liberadora o para la liberación, Rodríguez está totalmente en contra de la implementación de la educación europea en el continente americano. Su actitud es profundamente crítica en contra de la idea de independencia, ya que no creía que fuese un proceso consolidado. En muchos sentidos la América “independizada” seguía careciendo de libertad. En *Sociedades americanas* (1990) afirma con contundencia que “En la América del sur las repúblicas están Establecidas pero no Fundadas” (p. 6).

Un aspecto específico en esta línea independentista es la propuesta de enseñar las lenguas originarias de la región, por ejemplo planteó la obligación de aprender Quechua; y el sustento es casi que meramente pragmático, pues, dice, el latín se usa solo en las iglesias, además, a quienes debemos entender en nuestro continente es a los

indígenas (más que a Ovidio). Este planteamiento es coherente con su idea de fundamentar la identidad y originalidad de los pueblos americanos. Sabe que la educación en los países que recién se han independizado, o mejor, -solamente- *establecido*, debe reformarse, y como se trata de repúblicas incipientes, el modelo debe ser no solo diferente al de la época de la colonia, además tiene que fundarse desde la originalidad y no desde la imitación de aquellos frente a quienes recientemente se ha reclamado la independencia de la administración política; hay que mirar hacia la realidad de nuestro continente, así como los europeos se fijan en su propio contexto.

Pero esta posición respecto a lo educativo trasciende esta dimensión y aparece como consecuencia de las convicciones políticas de Rodríguez, quien enfatiza en la necesidad de construir una América según las necesidades, contexto e ideas propias:

A imitación de la Inglaterra y de la Francia, se han dividido los Gobiernos de la América del Sur, en Cámaras altas y bajas. Está muy bien la división en países donde hay *pueblo común* y *nobleza* que quieren ser representados, y *Rey* que debe representar. Ya en los Estados Unidos la estructura del Gobierno varía, porque no hay ni nobleza ni rey... ¿qué títulos, ni qué monarcas hay en la América del Sur?... ¿No obedece, con gusto, la mayor parte del pueblo a la menor?... ¿Se chocan acaso los intereses de las dos partes?... Los hombres que entienden de gobierno... ¿no están de acuerdo en lo que les conviene?... ¿Pueden las leyes favorecer más a unos que a otros? (Rodríguez, 1990, p. 22).

Lo cierto es que no hay un medio más adecuado que la educación para formar en estos aspectos de orden político, pero que parten de la concepción que se tenga de la realidad no solo social sino incluso natural. Vivir en continentes diferentes no es únicamente una cuestión geográfica, es estar en mundos distintos, en diversas realidades sociales y físicas, y en consecuencia con necesidades que no siempre se comparten. Por ello la escuela de artes y oficios de Rodríguez, hace énfasis en la educación práctica que se justifica en necesidades de producción (agropecuaria, artesanal, industrial: albañilería, carpintería y herrería); sin embargo, estas no son solo de los estudiantes sino también de la nación.

No obstante se debe aclarar que la educación que propone el autor no se queda en esta dimensión, pues incluye también la educación social, corporal y científica para aportar tanto a los estudiantes como a la nación, haciéndolos además de expertos técnicos, seres prudentes, pensadores y fuertes (Ocampo, 2007:93).

Igualdad en la Educación

En las repúblicas nacientes los negros, mulatos, indígenas y mujeres tienen las mismas obligaciones y derechos que los demás, sin embargo, no tienen acceso a la educación. Este acceso es el que va a defender Rodríguez, aunque con la aclaración de que no es necesario que vayan todos a las mismas escuelas de los blancos. Sin embargo, la instrucción debe ser idéntica para todos. De nuevo, este aspecto referido a lo educativo viene de las convicciones políticas del pensador, en las que resalta que la conformación de las repúblicas nacientes se basa en estructuras excluyentes.

De hecho, lo que denominó *formalismo constitucionalista*, hizo de la constitución republicana solo un instrumento de las clases dirigentes para mantener sus privilegios. Ahora, no es solo la constitución la que termina cumpliendo esta función, también lo sagrado es manipulado con los mismos fines. Dice Rodríguez, citado por Paladines:

Los Ministros del altar son, por una parte tentáculos de la vanidad, y por otra, instrumentos serviles de especulación: su ministerio es andar por los campos, por las manufacturas y por los almacenes predicando a todo fiel cristiano, sumisión a los hacendados, la ciega obediencia de los brutos, y virtud, la estúpida conformidad con la voluntad del patrón, todo respaldo con los altos designios de la 'providencia' (2008, p.6).

Sin embargo, esto no implica un rechazo a la religión, sino una crítica a la manipulación de la misma, pues en su educación social lo religioso es parte fundamental del sistema educativo. Sobre la religión afirma Rodríguez, hace sociables a los hombres siempre y cuando sus preceptos no se queden en la teoría. Además debe aportar como un elemento de emancipación frente a las estructuras que, como la de su momento, tienden a concentrar y confundir (intencionalmente) el poder político con el religioso. Por ello indica que el trato con su Santidad el papa debe mediar políticamente, es decir, con precauciones, pues el papa, dice Rodríguez (1990, p. 28), no es solo el jefe de la iglesia, sino que es también soberano temporal y, como tal, tiene *más cosas que hacer y otros respetos que guardar*.

Escuela, Política y Capital

Rodríguez evidencia la relación directa que hay entre escuela y sociedad, enfatiza en que su planteamiento es educación social. Parte de principios similares a los de los clásicos de la pedagogía social europea y norteamericana (Pestalozzi, Natorp, Dewey) como el de que la sociedad no es un conjunto de elementos *agregados* sino una asociación, e insiste en que lo social implica más que conexiones, relaciones de seres que se encuentran en o al lado de otros.

Pero a la vez afirma el papel del Estado como primer responsable de la educación social, autónoma, equitativa. Dice Rodríguez: “los gobiernos liberales deben ver en la primera escuela el fundamento del saber y la palanca con que han de levantar a los pueblos hasta el grado de civilización que pide el siglo” (2007, p. 123).

El Estado-educador debe asumir la misión que antes estaba en manos del clero y las órdenes religiosas, en un proceso de secularización de la administración de la educación que permitirá un modelo más democrático y amplio que asegure no terminar favoreciendo los intereses de los grupos privilegiados de siempre. Esta educación republicana es social y opuesta a la monárquica que aún después de la independencia subsistía en “la enseñanza y la vida pública sometida al peso de la autoridad y de las diferencias sociales” (Paladines, 2008, p.10).

Por otra parte Rodríguez aporta una reflexión de importancia para el mundo contemporáneo en el que los procesos económicos y la lógica del mercado superan sus límites e incursionan con gran poder en las decisiones políticas. Con un pensamiento avanzado el pensador hace una propuesta sobre la producción industrial, el capitalismo y las relaciones laborales. Plantea que debe hacerse una resistencia clara frente al modelo capitalista y que la revolución económica debe hacerse desde el campo y los talleres, no desde las ciudades y la gran industria. Dice que debe darse más importancia al comercio interior que al exterior, y rechaza la importación de productos europeos que acaban con la producción propia, tanto la artesanal tradicional como la que deba incorporarse para construir los instrumentos que en ese momento no se producían, sino que se importaban.

Y el último de los argumentos, de esta posición de resistencia, es que en el modelo industrial europeo de división del trabajo, el hombre (trabajador) es concebido como una herramienta más al servicio del empleador, dice Paladines que Rodríguez busca “superar la división del trabajo, propia del régimen manufacturero e industrial, que reducía al hombre a la condición de instrumento..., requerimientos todos ellos que el proyecto de educación social podía enfrentar a través de las nuevas formas de educación y trabajo que intentaba implementar” (2008, p. 11). La importación de productos europeos, tanto en aquel entonces como en el mundo globalizado, acaba con la tradición de producción artesanal propia, lo cual afecta no solo en lo económico, sino en lo cultural y, en particular, en la construcción de la identidad.

Finalmente se puede dejar como conclusión que a pesar de que el movimiento de pedagogía social surgió en la Europa del siglo XVIII, América ya tenía una propuesta similar con toda la contundencia de un autor revolucionario tanto en el campo educativo como en el político, pues se puede evidenciar la contundencia de sus apreciaciones sobre lo pedagógico en tanto ciencia de la educación, pero a la vez sobre los aspectos prácticos de la educación social (escuela taller) y sobre la obligación del Estado como el que debe garantizar una educación apropiada para el contexto de la América republicana naciente.

Algunas conclusiones generales

- La América ante la que Simón Rodríguez presenta sus propuestas y en la que lleva a cabo las prácticas que la administración política le permitió, no es muy diferente a la actual. Este es aún un continente que se encuentra en construcción, no solo en lo referido a sus modelos educativos, también respecto a todos los procesos socio político que implica la identidad cultural. Con esto se puede afirmar la vigencia del pensamiento del autor, o al menos, la importancia de volver a sus ideas críticas, propuestas e implementaciones educativas y, principalmente, políticas.
- En el mundo contemporáneo la tendencia a nivel global es hacia la homogenización cultural y del pensamiento. Este fenómeno no se da como resultado del devenir propio de cada sociedad, sino como consecuencia de las dinámicas de la producción (y sobreproducción) industrial, y de la influencia, cada vez más

evidente y fuerte, de la lógica del mercado en las decisiones políticas de los Estados. Pero mientras en los países denominados desarrollados esta tendencia simplemente se asume, Latinoamérica está llamada a enfrentar estos procesos de una manera crítica y con posiciones contundentes de resistencia frente a tal homogenización, dada la diversidad cultural que hay en todos sus países y la historia que evidencia que la independencia, en términos de administración política, no se ha reflejado en independencia de pensamiento.

- Por otra parte, se ha pretendido mostrar cómo la financiación de la educación debe estar garantizada por el Estado y, además respaldada con políticas claras sobre inclusión, cobertura y calidad del sistema educativo. Sobre lo cual Rodríguez indica que quienes tengan más posibilidades económicas deben aportar a esta financiación pero, en general la financiación es deber del Estado.

Referentes bibliográfica

DELGADO, Buenaventura. La pedagogía social en los escritos de Simón Rodríguez.

Universidad de Barcelona, 1996.

OCAMPO, López Javier. Simón Rodríguez, el maestro del libertador. En: Revista *Historia de la educación latinoamericana*. No. 9. 2007, pp. 81-102.

PALADINES, Carlos. Simón Rodríguez: el proyecto de una educación social. En: Educere. Vol. 12 No. 40. Marzo 2008.

PUIGGRÓS, Adriana. De Simón Rodríguez a Paulo Freire. Educación para la integración iberoamericana. Convenio Andrés Bello. Bogotá, 2005.

RODRÍGUEZ, Simón. Extracto sucinto de mi obra sobre educación republicana (Bogotá 1849). En Revista *historia de la educación latinoamericana No. 9. Universidad pedagógica y tecnológica de Colombia. RUDECOLOMBIA*, pp. 105-134. Tunja, 2007.

..... Sociedades americanas. Biblioteca Ayacucho. Caracas, 1990.

Referencias generales de pedagogía social

COLOM Cañellas, Antonio Juan. *Pedagogía social y política*. En: Pedagogía social: revista interuniversitaria, ISSN-e 1989-9742, Nº. 3, 1988 (Ejemplar dedicado a: Concepto, método y curriculum en Pedagogía Social. Homenaje al profesor Alejandro Sanvisens. IV Jornadas de Pedagogía Social, Santiago de Compostela) págs. 49-60.

LARROYO, Francisco. Historia general de la pedagogía. Ediciones Porrúa. Madrid, 1965.

SARRATE, María Luisa. HERNANDO, María Ángeles. Intervención en pedagogía social espacios y métodos. Narcea ediciones, 2009.

VÉLEZ, Claudia. Pedagogía social en Colombia. Literatura y experiencias educativas diversas en educación-sociedad 1982-2000. Universidad san Buenaventura. Santiago de Cali, 2000.